

Colección del *MIRADOR*

La metamorfosis
Carta al padre

FRANZ KAFKA

Colección del
MIRADOR

Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría

Compilación y secciones especiales: Ercilia Aitala y Ruth Kaufman

Corrector: Mariano Sanz

Coordinadora de Arte: Natalia Otranto

Diagramación: Azul De Fazio

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Imagen de tapa: 123RF

La metamorfosis (título original: *Die Verwandlung*) traducido por Andrea Pagni

Carta al padre (título original: *Brief an den Vater*) traducido por Gabriela Massuh

Kafka, Franz

La metamorfosis : carta al padre / Franz Kafka ; compilado por Ercilia Aitala ; Ruth Kauffman. - 2a ed. - Boulogne : Cántaro, 2017.
144 p. ; 19 x 14 cm. - (Del mirador ; 208)

Traducción de: Andrea Pagni ; Gabriela Massuh.
ISBN 978-950-753-454-6

1. Literatura. I. Aitala, Ercilia, comp. II. Kauffman, Ruth, comp. III. Pagni, Andrea, trad. IV. Massuh, Gabriela, trad. V. Título.
CDD 891.86

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2009

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan
Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina
Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-454-6

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Puertas de acceso

La letra K

Muchas veces, como lectores, cuando una obra nos atrae sentimos interés por conocer la vida del autor. Ingenuamente solemos buscar claves de lectura en su biografía, como si los episodios de su vida pudieran aclararnos los aspectos oscuros de sus textos. Sin embargo, no hay una correspondencia mecánica, directa entre vida y obra, ya que la literatura no es solamente una transcripción de sentimientos y experiencias personales, sino que entre estos y los textos existen complejas mediaciones.

Teniendo en cuenta la objeción anterior, sin desmedro de esta, la curiosidad del lector no se limita a la vida del autor. Hay un sentimiento que subyace en la lectura de la literatura y es el de una comunicación interpersonal, como si lector y autor, a pesar de las distancias y el tiempo, pudieran encontrarse a través del texto. Este interés en el autor se vuelve particularmente intenso en la lectura de la obra de Kafka. Algunas circunstancias refuerzan la asociación entre él y su obra.

En primer lugar, el nombre que dio a los protagonistas de dos de sus novelas: Joseph K., en *El proceso*, y el señor K.,

en *El castillo*, remiten indirectamente a su nombre propio; también el apellido del protagonista de *La metamorfosis*, Gregor Samsa, ha sido leído como una transformación del nombre Kafka por repetir la misma simetría de vocales y consonantes. Kafka mismo se refiere al nombre de sus personajes con estas palabras: “Encuentro ofensiva la letra K, casi nauseabunda, y sin embargo, la sigo utilizando pues debe ser característica mía.”¹

En segundo lugar, podríamos hablar del mundo de sus ficciones. Se trata de un mundo conocido y extraño a la vez, al que la mayoría de los críticos han relacionado con la pesadilla. Pensar la pesadilla equivale a pensar una ecuación entre mundo exterior y experiencia subjetiva. Si estando “despiertos” cada uno de nosotros vive una misma situación de maneras diferentes, esta distinción se acentúa extremadamente en la transformación que, a través del sueño, podemos hacer de nuestras vivencias. Por último, Kafka escribió un diario durante trece años, y mantuvo una intensa correspondencia con las mujeres con quienes entabló relación. Estos textos forman parte hoy del corpus publicado de la obra kafkiana y son considerados a la par de sus obras de ficción, acentuando, por un lado, el interés por su vida y dando, por el otro, un valioso material para su conocimiento.

Kafka nació en Praga, capital de Checoslovaquia, el 3 de julio de 1883. En ese momento, Praga formaba parte del imperio austrohúngaro, cuya capital era Viena. Dicho imperio se encontraba en decadencia, proceso que culminaría en la Primera Guerra Mundial y del cual Kafka fue un atento testigo.

La familia de Kafka pertenecía a la minoría judía de la ciudad de Praga y había adoptado la lengua alemana. Esta cuestión fue crucial para la vida del escritor, quien desarrolló toda su obra en dicho idioma. Sin embargo, el alemán de Praga que aprendió

1 Kafka, Franz, *Diarios*, Barcelona, Bruguera, 1983.

Kafka era una lengua más bien abstracta, neutra, carente de resonancias sociales, culturales e históricas debido al aislamiento de la población de habla alemana en medio de un pueblo que hablaba el checo. Además, Kafka pertenecía a la comunidad judía, para quienes el alemán no era sino una lengua en préstamo. “Ayer se me ocurrió —anota Kafka en sus *Diarios* el 24 de octubre de 1911— que tal vez yo no hubiera querido nunca a mi madre como se merecía y como hubiera podido quererla, porque el idioma alemán me lo impedía. La madre judía no es una Mutter, llamarla Mutter le da un aire levemente cómico (...) para los judíos, Mutter es algo netamente alemán, inconscientemente encierra junto con el esplendor cristiano la frialdad cristiana; la mujer judía a quien se llama Mutter no nos parece por lo tanto solamente cómica, sino también fuera de lugar (...)”. La imagen que propone el crítico literario contemporáneo George Steiner para comprender la relación de Kafka con el alemán resulta esclarecedora: “Kafka estaba dentro de la lengua alemana como un viajero en un hotel: una de sus imágenes clave. La casa de las palabras no era ciertamente suya”.²

El padre de Kafka pertenecía a una familia pobre de Europa oriental y fue solo gracias a sus esfuerzos y logros que consiguió una posición bastante acomodada. La madre, en cambio, provenía de una familia de mayor nivel intelectual entre cuyos miembros se contaban algunos rabinos y profesionales liberales. La conflictiva relación con su padre lo marcó a Kafka de por vida, como lo demuestra en *Carta al padre*, que forma parte de este libro y que, como se sabe, nunca llegó a manos de su destinatario.

Kafka cursó sus estudios primarios y secundarios en colegios alemanes. Luego eligió la carrera de Derecho y se doctoró en 1906. Durante la etapa de estudiante asistió a cursos y conferencias

2 Steiner, George, *Lenguaje y silencio*, México, Gedisa, 1990.

que mezclaban objetivos anarquistas y socialistas, así como otros que tenían que ver con el incipiente nacionalismo checo. También se acercó a grupos sionistas, aun cuando no llegó a adherir totalmente con esta causa.

Una vez recibido de abogado, Kafka decidió no trabajar en el negocio que tenía su padre y entró en una compañía de seguros para trabajadores: Compañía de Seguros de Accidentes de Trabajo para el Reino de Bohemia en Praga. Por aquel entonces, los obreros estaban expuestos a espantosos accidentes en sus lugares de trabajo. Sin embargo, mientras Kafka trabajó en la compañía, se comenzaba a insistir en la seguridad como complemento en la prestación del seguro. Desde su puesto, él supervisó la instrumentación de muchas medidas preventivas que ayudaron a salvar cientos de vidas, sobre todo en la industria maderera. Permaneció en la misma compañía durante casi veinte años, hasta que tuvo que jubilarse por enfermedad. El escritor se quejaba en los *Diarios* de la incompatibilidad entre su trabajo y la literatura, pero lo cierto es que sus conocimientos del derecho influyeron notoriamente en sus relatos, tanto en el uso despojado y preciso del lenguaje, análogo al de la práctica legal, como en los escenarios propios de los tribunales, en sus sutiles observaciones respecto de la explotación del trabajador y de las relaciones jerárquicas.

Comenzó a escribir desde muy joven, y ya en 1916 publicó *La metamorfosis*, uno de sus textos más atractivos. Para escribir este relato interrumpió la escritura de su primer novela *América*, por seguir una ocurrencia que le surgió una noche al acostarse. En sus *Diarios*, que escribió desde 1910 a 1923, puede leerse con qué angustias y dificultades se encontraba Kafka al escribir. Lo hacía durante la noche, robándole horas al sueño, siempre atormentado por la imposibilidad de dedicarle todo el tiempo necesario, fluctuando entre el entusiasmo y la frustración por

no conseguir lo que pretendía. Pese a que no publicó muchos textos, formaba parte de un pequeño círculo de intelectuales a quienes les leía sus manuscritos.

Kafka tuvo tres relaciones amorosas importantes y conflictivas. La primera de ellas con Felice Bauer, con quien se comprometió dos veces sin poder cumplir su palabra de casamiento. Esta relación terminó en un juicio que le entabló la familia por incumplimiento y que ha sido relacionado muchas veces con el argumento de su novela *El proceso*. La segunda, con Milena Jesenká, una mujer proveniente de una distinguida familia checa de origen cristiano, quien militaba en el nacionalismo checo y que se encargó de la traducción al checo de algunos de sus relatos, entre ellos *La metamorfosis*. La tercera, con Dora Dimant, una conocida hebraísta que formaba parte de la secta de los jasidim (grupo místico judío) con quien vivió sus últimos años. Las vicisitudes de estas relaciones fueron registradas por Kafka en las páginas de su diario y en las numerosas cartas que les escribió a dichas mujeres y que fueron publicadas póstumamente.

Kafka padeció tuberculosis desde muy joven, por este motivo tuvo que jubilarse tempranamente y pasar largas temporadas internado. Esta enfermedad lo llevó a la muerte el 3 de junio de 1924, un mes antes de cumplir los cuarenta y un años.

El mundo bajo la lupa

Por un lado, los textos de Kafka cuentan algo único, absolutamente singular; por otro, parece que lo cuentan solo para expresar un significado general, que trasciende la historia contada.

En las novelas, como en la mayoría de los cuentos, el narrador se ocupa de mostrar todos los detalles que caracterizan la singularidad de una vida determinada: los muebles que tiene la habitación donde se desarrolla una escena, la cantidad de puertas,

el hábito de mirar por la ventana, el paisaje que se ve por la ventana, el detalle de un objeto sobre una mesa, la cantidad de miembros de la familia, los amigos, los pormenores del trabajo del protagonista e infinidad de gestos minúsculos y pensamientos ocasionales. Varios críticos han señalado este detallismo como una de las peculiaridades más notables de la escritura de Kafka. Por este registro preciso de la realidad se ha calificado su prosa de “hiperrealista”. La realidad se observa deformada, como a través de una lupa. Así ve, por ejemplo, a los transeúntes por la calle:

Por la vereda, directamente delante de él, pasaban muchas personas que caminaban de maneras diversas. A veces alguno se adelantaba y cruzaba la calzada. Una niñita sostenía en sus manos extendidas un perrito cansado. Dos señores intercambiaban informaciones; uno de ellos mantenía las manos con las palmas vueltas hacia arriba y las movía regularmente, como quien estuviese sopesando algo. Más allá se podía distinguir una señora con un sombrero recargado de cintas, broches y flores, y un joven con liviano bastón y la mano izquierda —cual si la tuviese inválida— abandonada sobre el pecho, pasaba rápidamente. De tanto en tanto aparecían señores que fumaban y que llevaban delante de sí erguidas nubecillas.³

Se puede reconocer en cada pincelada de esta descripción la multiplicidad de imágenes similares a las que percibimos en la vida cotidiana y que pasan ante nosotros sin dejar huella. Sin embargo, el solo hecho de detenerse en ellas con una descripción tan pormenorizada, enrarece la atmósfera con un extrañamiento a través del cual asoma el absurdo, el sin sentido de la infinidad de gestos minúsculos que registramos y realizamos permanentemente.

3 Kafka, Franz, *Relatos completos II*, “Preparativos de boda en el campo”, Buenos Aires, Losada, 1981.

La metamorfosis



FRANZ KAFKA

Título original: *Die Verwandlung*
Traducción de Andrea Pagni

I

Una mañana al despertar de un sueño agitado, Gregor Samsa se encontró en su cama convertido en un espantoso insecto. Yacía de espaldas sobre un duro caparazón y al levantar un poquito la cabeza, se vio el vientre convexo, pardo, surcado de callosidades curvadas, sobre el que la manta a punto de deslizarse al suelo apenas lograba sostenerse. Sus múltiples patas, lastimosamente escuálidas en relación con el tamaño normal de sus piernas, se agitaban desvalidas ante sus ojos.

“¿Qué ha pasado conmigo?”, pensó. No era un sueño. Su cuarto, la habitación de un ser humano, si bien un poco pequeña, estaba allí como siempre, entre las cuatro paredes bien conocidas. Sobre la mesa cubierta con un muestrario de telas desplegado —Samsa era viajante de comercio— colgaba el retrato que poco tiempo antes había recortado de una revista y que había puesto en un bonito marco dorado. Representaba a una señora sentada, que lucía un sombrero dentro del cual desaparecía todo su antebrazo.

La mirada de Gregor se dirigió luego hacia la ventana, y el mal tiempo —se oía el repiqueteo de la lluvia en el alféizar

de la ventana— lo puso melancólico. “¿Y qué si siguiera durmiendo un poco más y olvidara todas estas tonterías?”, pensó. Pero eso era del todo imposible, porque él estaba acostumbrado a dormir sobre el lado derecho, y en las actuales circunstancias le resultaba totalmente imposible adoptar esa posición. Por más impulso que tomara para lanzarse hacia la derecha, siempre volvía a quedar de espaldas. Lo intentó cien veces, cerró los ojos para no seguir viendo el inquieto movimiento de sus patas, y recién abandonó el intento al sentir en el costado un dolor leve, sordo, que nunca antes había sentido.

“¡Ay Dios”, pensó, “qué profesión fatigosa he elegido! Día tras día, siempre de viaje. Las preocupaciones del trabajo son mucho mayores cuando se viaja que si uno se queda en la tienda; y además, todo el ajetreo, los problemas que acarrear siempre las combinaciones de tren, la comida mala e irregular, las relaciones siempre transitorias, nunca duraderas, que jamás llegan a ser cordiales y humanas. ¡Que se vaya todo al demonio!”. Sintió una ligera picazón arriba, en el vientre; fue empujándose de a poco sobre la espalda hacia la cabecera de la cama para poder levantar mejor la cabeza; encontró el sitio donde le picaba, todo lleno de puntitos blancos que no podía explicarse; quiso tocarse el lugar con una pata, pero la retiró inmediatamente porque el contacto le produjo escalofríos.

Se deslizó hasta recuperar su antigua postura. “Eso de levantarse temprano”, pensó, “lo pone a uno completamente tonto. El ser humano tiene que dormir lo suficiente. Otros viajantes de comercio se dan una vida de odaliscas. Cuando vuelvo por ejemplo durante la mañana a la posada para transmitir los pedidos, los señores recién están tomando el desayuno. Si yo tratara de hacer eso, con el jefe que tengo, quedaría inmediatamente de patitas en la calle. Y quién sabe si no sería bueno para mí que esto pasara. De no ser por mis padres, hace tiempo que habría renunciado;

me habría presentado ante el jefe, y le habría dicho lo que pienso con toda sinceridad. ¡Se cae del pupitre! Qué notable también, eso de sentarse sobre el pupitre y hablar desde las alturas con los empleados, que además tienen que acercársele mucho porque el jefe es medio sordo. Bueno, pero la esperanza no está del todo perdida; cuando reúna el dinero que necesito para pagarle la deuda que mis padres tienen con él —dentro de unos cinco o seis años—, entonces sí que lo haré. Entonces me daré el gusto. Pero ahora tengo que levantarme, porque mi tren sale a las cinco”.

Y echó una mirada al despertador que hacía tic-tac sobre el arcón. “¡Santo Dios!”, pensó. Eran las seis y media, y las agujas del reloj seguían avanzando tranquilamente; en realidad eran y media pasadas, y ya se acercaban a las menos cuarto. ¿No habría sonado el despertador? Desde la cama se veía que estaba bien puesto a las cuatro; seguro que había sonado. Pero, ¿cómo era posible que siguiera durmiendo con ese ruido que hacía temblar hasta a los muebles? Bueno, no había tenido un sueño tranquilo, pero quizás por eso mismo se había dormido muy profundamente. ¿Qué iba a hacer ahora? El próximo tren salía a las siete; para alcanzarlo habría tenido que apresurarse demasiado; todavía tenía que guardar el muestrario, y por otra parte él mismo no se sentía muy animado. Y aunque alcanzara ese tren, de todos modos no podría evitarse el enojo del jefe, porque el ordenanza de la tienda habría ido a esperarlo al tren de las cinco, y ya debía haber informado hacía rato sobre su ausencia. El muchacho era un producto del jefe, no tenía agallas ni consideración alguna. ¿Y si diera parte de enfermo? Eso resultaría muy penoso y además despertaría sospechas, porque durante los cinco años que llevaba trabajando allí, Gregor nunca había estado enfermo. Seguramente se aparecería el jefe con el médico de la mutual, les haría reproches a los padres por la pereza del hijo, y rechazaría todos los argumentos remitiéndolos al médico

de la mutual, para quien todos los hombres siempre están sanos, pero no tienen ganas de trabajar. ¿Y no habría tenido algo de razón en este caso? Gregor se sentía realmente bien, salvo por una somnolencia que después de haber dormido tanto resultaba sin duda superflua; incluso tenía un hambre notable.

Mientras reflexionaba acerca de todo esto muy aprisa y sin poder decidirse a salir de la cama —el reloj daba justo las siete menos cuarto— alguien golpeó suavemente la puerta, junto a la cabecera de la cama. “Gregor”, se oyó —era la madre—, “son las siete menos cuarto. ¿No ibas a salir de viaje?”. ¡Qué voz tan dulce! Gregor se asustó al oírse responder; no había duda de que era su propia voz, pero en ella se mezclaba algo así como un silbido doloroso e irreprimible que perturbaba de tal modo la claridad inicial de las palabras, que uno dudaba de haber oído bien. Gregor habría querido responder extensamente y explicarlo todo, pero en tales circunstancias se limitó a decir: “Sí, sí, gracias madre, ya me levanto”. Seguramente la puerta de madera evitó que se notara la transformación en la voz de Gregor, puesto que la madre se quedó tranquila con la respuesta y se marchó.

Pero a raíz de la pequeña conversación, el resto de la familia se enteró de que Gregor estaba aún en casa, contrariamente a lo que se suponía. Y ya estaba el padre golpeando a una de las puertas laterales, suavemente pero con el puño: “Gregor, Gregor”, exclamó, “¿qué es lo que pasa?”. Y después de un momento lo apremió otra vez, levantando ahora un poco la voz: “¡Gregor, Gregor!”. Y detrás de la puerta lateral, gemía quedamente la hermana: “¿Gregor? ¿No te sientes bien? ¿Necesitas algo?”. Gregor les replicó a ambos simultáneamente: “Ya voy”, procurando pronunciar las palabras muy despacio y con sumo cuidado, para disimular el extraño timbre de su voz. El padre volvió a su desayuno, pero la hermana siguió susurrando: “Gregor, abre la puerta, te lo suplico”. Gregor no tenía ninguna intención de abrir, sino que incluso se felicitó

por la costumbre que había contraído, por precaución, a raíz de los viajes, de cerrar con llave también en la casa todas las puertas del cuarto durante la noche.

A continuación trataría de levantarse tranquilamente sin que lo molestaran, luego se vestiría y tomaría su desayuno —eso en primer lugar—, y recién después se ocuparía del resto, porque se daba cuenta de que en la cama no podría llegar a ningún resultado razonable, por más que siguiera pensando y pensando. Recordaba haber sentido a veces, al despertar —posiblemente a causa de una mala postura—, algún ligero dolor que al levantarse resultaba ser tan solo producto de su imaginación, y sentía curiosidad por ver cómo se irían disipando gradualmente sus fantasías de hoy. No tenía la menor duda de que la transformación de su voz no era sino el presagio de un buen resfrío, enfermedad profesional de los viajantes.

Quitar la colcha fue muy fácil; solo tuvo que inflarse un poco y cayó por sí sola. Pero el resto resultó más complicado, sobre todo porque su cuerpo era descomunalmente ancho. Habría necesitado brazos y manos para incorporarse, pero en su lugar solo tenía ahora todas aquellas patitas que siempre estaban en movimiento y que además no podía controlar. Si quería flexionar una, esa era la primera que se extendía; y si por fin lograba hacer con ella lo que quería, todas las otras quedaban como liberadas en intensa y dolorosa agitación.

“A no quedarse inútilmente en la cama”, se dijo Gregor. Intentó primero salir con la parte inferior de su cuerpo, pero esta porción que él no había visto aún y que no podía imaginarse, resultó ser muy difícil de mover. La tarea era muy lenta, y cuando por fin, casi fuera de sí se arrojó hacia adelante con todas sus fuerzas y sin miramientos, calculó mal y se golpeó intensamente contra los pies de la cama. El agudo dolor le hizo comprender que la parte inferior de su cuerpo debía ser por el momento la más sensible.

Índice

Puertas de acceso	3
La letra K.....	5
El mundo bajo la lupa.....	9
La parábola sin clave.....	12
El poderoso adjetivo.....	16
La obra	21
La metamorfosis.....	21
Carta al padre.....	87
Bibliografía	137